

Cámara lenta

I

En aquella casa las mañanas se hacían al calor del café. Terminaba de nacer el Sol al primer hervor, pero el agua entintada caía en las tazas sólo cuando nadie podía poner en duda que había amanecido. Además del frío húmedo que recogía con los dedos al despuntar el día, lo que más le gustaba a Hilda era el primer sorbo de café, la sensación caliente en su faringe.

Buena parte del día lo pasaba en un limbo indefinido donde transcurrían las horas muy despacio. Después de lavarse muy bien las manos, frotarlas con alcohol y colocarse el cubre-bocas se acercaba a la cama de su abuela. Por un pequeño túnel de sábana asomaban dedos rígidos y temblorosos que se hacían cuenco para recibir dentro de ellos el pocillo de peltre blanco; al contacto con el calor comenzaban a parecer vivos, ramas viejas y quebradizas que retoñan después de largo tiempo.

Hilda añoraba poder tocar las manos de su abuela, entibiarlas entre las suyas para que se suavizaran más rápido. Recordaba con nitidez el tacto de esa piel delgadita como papel de arroz, casi lograba sentirla cuando la miraba de cerca, por eso se las arreglaba para retardar el momento en que su abuela acercaría el café a su cara y pondría aún más distancia de la que de por sí era indispensable mantener entre ellas.

-Qué feo es esto de no poder tocarnos, ¿verdad, mamá Nina?

-Es feo pero no es para siempre.

-¡Quién sabe!, mamá Nina.

- Yo lo sé.

-Usted dice eso porque nunca pierde la esperanza. Pero yo ya la estoy perdiendo, a veces parece que el mundo dejó de ser mundo, que la vida se detuvo.

-Todos los días, Hilda, amanece. Todos los días la vida sigue su curso. Todos los días el mundo sigue haciéndose mundo. Cada segundo tu corazón late, respiras incluso si no te lo propones.

-Pues sí, pero me siento como en cámara lenta.

- Si la cámara no te da más velocidad, enfoca más de cerca.

-¡Eso no hará que vaya más rápido!

-No, pero en lugar de ver un paisaje fijo el acercamiento puede ayudarte a mirar lo que sí se mueve: la vida misma que está siempre rehaciéndose en lo pequeñito. Observa, pon atención.

II

Alcanzó a doblar la última esquina de la noche. Había apurado el encuentro con el día: a juzgar por la luna, era ella la que amanecía. Una corriente de aire frío interrumpió el sueño de la abuela que no alcanzó a abrir del todo los ojos cuando la voz de su nieta rompió el silencio.

-¡Mamá Nina!, ¡por fin! Anoche anunciaron que ya podemos salir.

-¡Pero si todavía es de noche, Hilda!, ¡cierra la puerta!

La caricia sobre el vidrio de la ventana dejó rastros de neblina en las palmas de sus manos. Toda el agua de la madrugada se condesaba ahí donde ella se lo proponía: no por nada era una bruja de agua.

- El sereno limpia bonito los ojos- La voz de su abuela emergía del centro de un remolino de cobijas donde en busca de calor se perdía el cuerpo añoso.

-Usted y sus consejos, mamá Nina.

-Los escuchas, mi niña, pero poquito los haces.

-No se puede hacer eso todavía...

-Pero ya se podrá, mi niña.

-¡Quién sabe!, mamá Nina.

-¡Yo lo sé!

-Hay costumbres que van a cambiar...

-Y otras que no deben perderse ahora que vuelva la prisa.

-¿Cómo cuál?

-Cuidarnos entre nosotros, prestarnos atención y escucha, ser solidarios, dar lo que podamos, compartir, intercambiar...

- Enfocar más de cerca y apreciar la vida en cámara lenta.

-¡Y poner el café antes de que amanezca!, despertar con ese olor tan rico... y no con los gritos de mi nieta.